

TIEMPO DE HOY



DESPUES DE HORROR.
DULZURA Y PAZ.

Isaac Felipe Azofeifa

Viene a romper cierta monotonía del cuento costarricense este nuevo libro de Samuel Rovinski: *Cuentos judíos de mi tierra* (Edit. Costa Rica, 1982). Y el escritor no ha tenido que hacer otra cosa que poner el oído atento sobre el corazón del pueblo a cuya sangre pertenece. Hace algún tiempo leíamos aquel libro en que se nos cuenta —entre estadística, crónica y sociología— algo de la historia de las familias judías que buscaron el cobijo de nuestro país durante los años terribles de la primera mitad de nuestro siglo, huyendo de la bárbara supercultura nazi. El lector adivinaba que detrás de cada uno de esos viejos y jóvenes —puros datos de informe en aquel ensayo— había otro mundo, inédito, que ahora tenemos aquí: una vida en profunda angustia, una historia de terror, un espíritu temblando de inseguridad mortal. Y esto es lo que nos pone Samuel Rovinski en sus ocho relatos, extraído de esa veta que no tiene medida en el tiempo: el alma milenaria de su pueblo.

Ahora que la nación judía tiene ya su lugar en el mundo geográfico y político de los Estados, es presumible que los más jóvenes judíos estén creciendo con ánimo heroico de lucha y sacrificio por la patria en permanente reconquista. Relatos como los de estos cuentos judíos de esta tierra nuestra (que ya es la de Samuel) nos ofrecen la imagen de un pueblo judío en una fase de su existencia errante, que está acabándose. Es la imagen de unos seres humanos que habían sido expulsados del mundo hacía muchos siglos. Expulsados del mundo: no existe situación más dolorosa sobre la tierra. Sí, porque, por ejemplo, si uno es costarricense y viaja por, o vive, en una región remota del mundo, despierta todos los días con la seguridad de que muy lejos de ahí, pequeño pero real, hay un pedazo de tierra al cual pertenece; un pueblo, unos hombres que levantan una bandera y cantan un himno; y que cuando dicen "nosotros", los demás hombres no pueden hacer más que rendirles el homenaje debido a quienes poseen un trozo del mundo, donde yacen sus antepasados, y por ellos trabajan y sufren.

Lo más doloroso es lo que hay de terror en el alma de los niños que viven bajo el aire húmedo de estos relatos. Ese que les cobra miedo a los telegramas, ese que se deja golpear y robar por el briboncillo Tito en la Escuela Porfirio Brenes; ese que presencia el suicidio ritual de las dos mujeres judías; ese adolescente que se mezcla entre los reclutas del gobierno en 1948 y rebota luego sin esperanza por el mundo; ese pobre judío enloquecido por la fantasmal persecución de la furia nazi; esos jóvenes que aceptan de diverso modo su matrimonio, en un caso por un acto supersticioso, en el otro esperando como Lot la llegada de los ángeles vengadores.

Los relatos discurren con la cuidadosa espontaneidad del narrador experimentado. Y nos van dejando la imagen de aquel país nuestro de los años treinta en el cual se movía por influencia de la política internacional del momento, la culebra del racismo, alimentada por políticos y comerciantes nacionales. Pero el pueblo había abierto sus puertas hospitalarias a un tipo nuevo de comerciante: el "polaco" que recorría ciudades, campos y aldeas. Por esto quizá el mejor relato, para mí, es este monólogo del judío vendedor que le comunica a su esposa Janche esa dulce y cordial experiencia de vivir en Costa Rica, tan distinta de su vida de parias en la vieja y cruel Polonia.